

PREGÓN SEMANA SANTA

LA PALABRA Y EL CAMINO

MEMORIA

Ahora siento que algo nuevo, que es viejo sin embargo, se refleja en todos los blasones y en todos los entornos de la Semana Santa: películas religiosas, dulces, palmas, colores umbríos, vagar por los mesones atestados... Ahora veo los pasos cimbreantes y las sombras de las luces como si emergieran del ayer. Es como la procesión de otro tiempo que se mezcla con las riadas humanas y se desvanece. Ahora, con el sonar de las trompetas estallan recuerdos de infancia y adolescencia: primeros lazos de amor junto a las imágenes torturadas, miradas infantiles de colegio, la camisa blanca, limpiísima, esperando el desfile por las calles anchas y sucias del pueblo.

Miro la Semana Santa y algo en el aire me huele a inocencia. A credulidad descarnada que ya no volverá si no es ambientada en los símbolos que la memoria me guarda para que pueda volver a ser yo cuando lo importante que me ha pasado en la vida renace del volcán de la memoria.

Miro las imágenes y no puedo evitar que algo muy hermoso me abrace por dentro. Llega un momento en que el pasado de la infancia irrumpe y se apodera de todo. Llega un momento en la madurez, que la adolescencia y la juventud dan un paso al frente y te conectan con aquello que amaste y estaba dormido y despierta para decirte que una parte de ti se va muriendo con los años, pero otra que sentías perdida viene a decirte quién eres y serás cuando el tiempo abra sus manos y se aleje para que viva la luz de tu espíritu.

Los zangolotinos adolescentes vamos recorriendo las iglesias. La Asunción primero, la Virgen de Gracia después y al final del día casi todas, pues intercalamos la visita a la casa de Dios con la visita a la sindical donde comemos un pincho de morcilla y una caña furtiva que nos alegra el cuerpo demasiado.

Luego vemos las procesiones en silencio y sentimos el olor de Dios con el incienso de la noche. Somos felices con ese maridaje de religión y gastronomía. Vivimos la Semana Santa no solo en su parte festiva, también en su verdad de luz para un mundo de oscuridad.

Cada uno hemos llegado a Cristo de una manera.

Yo lo conocí en los labios de mi madre. En su bondad silenciosa. En el brillo de su velo al atardecer cuando iba a misa. En la fortaleza de su fe. En su sonrisa y en su enfado. En su silencio o en sus pocas palabras. Dice Pío Baroja que la frase que más le gusta del Evangelio es la que dice que por sus hechos los conoceréis y mi madre lo repetía una y otra vez para que mi conducta fuera acorde con mi pensamiento.

Gracias a ella mi conciencia, mi intelecto, esa memoria que la vida ha ido clavando en mi carne, esa luz de lo que siento bien aprendido, esa sombra de bellas ideas donde creo sentirme está teñida con la luz de un manto cristiano, y tiene la comprensión que he creído alcanzar sobre el perdón, la ausencia de ira o la dignidad de cualquiera, aunque sea el tipo más pobre del mundo.

Mi madre llegó a Puertollano durante el florecimiento de las minas, como tantos inmigrantes de Andalucía. Vino con mi padre que era de Andújar desde Benamejí y comenzaron, como el resto de migrantes, a luchar por la vida en este pueblo entonces solo minero en el que los inviernos son los más fríos que he conocido en mi vida.

El viento va y viene por el pequeño valle, y la umbría se asienta en la falda de las dos montañas. Es como un refrigerador que endurece el agua en los días más fríos del invierno. Quien no ha estado en Puertollano no conoce el frío, ese que los de aquí llevamos clavado en los huesos para toda la vida.

Pero los zangolotinos fuimos niños insoportables que vivíamos necesitados de una guerra diaria, del sentimiento de subvertir el orden instituido para crear nuestro mundo lleno de gamberradas, risas y escarnios.

Nuestra hazaña más conocida fue la de robar de los buzones de correos unos papeles que por una cara eran billetes con las diversas cantidades y por la otra llevaban la publicidad de un banco. Con ellos luego jugábamos a las cartas. Solo nos faltaba tener un par de pistolas en el cinto. Sentíamos con esos falsos billetes la posibilidad de convertir la imaginación en realidad, lo imposible en posible y las ansias de crecer domadas en unos fajos de billetes que nada significaban. Pero sí era cierto

que meter las manos en buzones ajenos, violando la intimidad de sus dueños, era un delito y necesitábamos un castigo. Mi madre y otras dos, más que un castigo pensaron que mejor sería conocer a Cristo, entrar en sus palabras y en su mundo.

Y por ello pusieron el problema en manos de don Juan, el párroco de la iglesia de la Cruz Roja. Don Juan era un hombre de nariz aguileña, frente despejada ojos de Sherlock Holmes y sonrisa de hombre bondadoso y comprensivo. A su iglesia solía ir mi madre y como me veía baldando, le dijo mire padre que este niño se está descarriando, a ver si usted hace algo.

Don Juan se tomó la tarea de hacernos cristianos con primor. Nos leía lo más bello del Evangelio, nos hablaba de la fe, de Dios y del universo. Pero nosotros seguíamos en manos de esa fuerza infantil que no te deja quieto y que te lleva a romper o ridiculizar todo lo sagrado.

Le hacíamos todo tipo de pifias, desde esconderle la sotana a meter un gato en la sacristía. Pero la que más nos gustaba era cuando llenábamos las vinateras de agua con sal y esa habitual cara de simpático Baco que ponía don Juan, al beber el agua en vez de vino, se tornaba en un leve enfurruñamiento y una mirada personal, pues sabía que yo era el monaguillo inductor de casi todos los desvaríos infantiles.

Luego se lo contaba a mi madre y ella se enfadaba. Pero enseguida se iba el enfado cuando veía que frente a ella el cura se partía de risa diciéndole que éramos chiquillos y nos hervía la sangre porque estábamos conociendo el mundo y que ahora lo más importante era no molestar nuestra felicidad, porque en el futuro el mundo se encargaría de arrancarnos las lágrimas de los ojos, hasta del pecho, hasta del alma.

Le hice muchas de esas a don Juan, seguido de otros dos monaguillos que eran conmlitones y cómplices entregados, hasta que un día don Juan transformó su habitual bondad en un rostro serio y nos dio una charla sobre la vida, sobre Jesús, sobre la fe y las sombras, sobre el tiempo y el dolor, al cabo sobre lo que nos esperaba en esta vida tan compleja como contradictoria.

Aquel fue el primer día de mi vida, y creo que para mis dos compis también, en que sentí que la infancia ya se iba de mis manos como un pájaro que echas a volar en una ventana.

Y que llegaba la adolescencia e iba a escuchar esa palabra que el cura nos repitió muchas veces: responsabilidad, responsabilidad, responsabilidad...

Imagino su felicidad cuando alguien de su parroquia, un día de un verano que yo estaba ocioso en el jardín, muchísimos años después, me llamó para decirme que había ganado el primer premio del certamen mariano que organizaban con un poema denominado "El sueño de María".

Ya no estaba don Juan. Cómo eché de menos su mirada astuta y limpia. Cuando recité aquel poema el día de la entrega del premio sentí su felicidad desde el lugar que me estuviera viendo, porque aquel sermón o discurso tuvo su efecto. A partir de entonces, y mis padres lo sabían, pasé de ser un diablillo a alguien que se toma las cosas con responsabilidad.

Ahora mientras leo estos papeles para ustedes en este magno pregón, no puedo dejar de pensar que desde algún lugar, o desde algún no lugar (como decía Dionisio El Aeropagita), mi madre está con su Dios amado y me está escuchando. Sabe que yo sé que una de las mayores ilusiones de su vida habría sido ver a su hijo zangolotino y diablillo diciendo el pregón de la Semana Santa de su pueblo. Sí, su hijo en el mismo lugar en donde había visto muchos pregoneros cuya locuacidad envidiaba, ese lugar que soñó para mí cuando supo que escribía. Hijo ojalá algún día te llamen para dar el pregón de la Semana Santa de tu pueblo.

Si existen lágrimas de felicidad que caen del cielo en una lluvia invisible mi madre está en este momento llorando de alegría, porque su legado, el más grande legado que me dejó, el amor a Cristo sigue latente y seguirá hasta que llegue el momento en el que pueda preguntarle si le gusta lo que he escrito. Seguro que sí. Un haz de alma recorre este teatro, me da un golpe en el pecho y me dice que no me equivoco.

Madre, vuelvo a recitar los dos últimos sonetos de "El sueño de María", como aquella vez en la que me dieron una placa de cerámica, para que don Juan y tú podáis volver a escuchar palabras que yo escribo pero que vosotros creasteis en la seca fuente de mi pecho:

EL SUEÑO DE MARÍA

IV

Deseo mi futuro en tu presente,

mi ayer en el sabor de tu recuerdo,
el presente contigo en el acuerdo
de vivir a tu lado eternamente.

Tu sueño me persigue dulcemente.
Mi sueño te persigue si me pierdo
vacío, angustiado, loco, cuerdo,
por las sendas ocultas de mi mente.

El confort de tu dulce Santuario
me abriga en lo profundo, un rosario
de esperanza se enlaza por mi cuello

al despertar de ti, y ya es de día,
y rasga el sol su árido destello
rompiéndose en el sueño que tenía.

V

Tu mirada se encuentra con la mía
si duermo, si despierto, y amanece
el rastro de la luna que adolece,
quedándose el color de la alegría.

Sñarte es alegrarme, Madre mía,
de que todo en el mundo reverdece,
y el dolor se diluye mientras crece
nuevamente el dolor, con su osadía

vencida por Tu Gloria con más fuerza.

Tranquilo viviré, mientras ejerza
de hijo que se postra ante tu cielo

buscándote en el sueño convencido.
Que sigas en mi noche, sólo pido.
Arrancas el calor hasta del hielo.

EL DOLOR DEL MUNDO

Es viernes. Cristo va por la calle Aduana.

Alguien canta una saeta.

“Qué angustia la de esta Madre viendo morir a su Hijo, sin hallar consuelo en nadie, contemplando el sacrificio que mandó el Eterno Padre. ¡Cuánta angustia, madre mía padece mi corazón contemplando en este día la muerte de tu hijo Dios en tan terrible agonía!”.

La canta una mujer desde un balcón, de unos cuarenta años.

Cada palabra atrapa el silencio para volverlo más solemne.

Cada grito ahogado rompe una cadena en el alma de la gente.

Cada dolor de voz en la noche es una brazada de melancolía multitudinaria.

Chispea y vuelve a sonar otra saeta mojada por la bruma de las farolas. Es un hombre mayor con gafas oscuras a pesar de ser noche.

Dice que el dolor de Cristo en la cruz también es el dolor de los hambrientos y desesperados hay en el mundo y a nadie importan.

En la profunda oscuridad de la noche del Viernes Santo las velas son aullidos de luz en la penumbra. Escriben palabras sombrías o palabras hermosas. Los haces de luz iluminan los geranios de los balcones y miles de retiñas miran a un Cristo lleno de agonía y sangre.

La cruz, elevada sobre los cabellos relucientes que la miran, se balancea sobre el pequeño vacío de las calles estrechas, casi rozando los brazos abiertos de los fervientes espectadores que quisieran agarrarla, para abrazar el cuerpo clavado en ella y quitar esa corona de espinas.

Entre el repicar de los tambores y la solemnidad de las trompetas la música canta en la noche el dolor del mundo.

Se despliega el suave ámbar de los faroles sobre el rostro lleno de sangre que lo sufre.

En su mirada está todo el dolor de la historia y todo el dolor de hoy y de mañana, en su mirada está el dolor y los rodea el silencio sonoro de una saeta que vuelve más delgadas las velas y hace que el viento calle para no molestar.

Es viernes santo y apenas llueve.

Rebosa el viento hambre de amor.

Y también siento la melancolía más triste del mundo. Miras el rostro herido en la noche y sientes en tu fe la angustia del amado.

Sí, sientes en los ojos del Cristo el dolor del mundo, el dolor de la vida, el dolor de la existencia, o como queramos llamarlo, un dolor en el que vibra tu propio dolor por la vida, o por lo que sea cuando estalla y ruge y llena al alma de cieno y ya no puede uno aguantar más los dardos hirviendo en el pecho.

Entonces puede mirar al Cristo clavado en la cruz, humillado, represaliado, herido, con la cara sangrienta y las más profunda y triste mirada que uno pueda imaginar. Mi dolor es tu dolor, quiere decir pues creo que en ese maravilloso momento del Evangelio y muchos otros Cristo nos dice que lo sabe, que lo entiende, que igual que él venció y resurgió con más luz del dolor nos ocurrirá a nosotros, ya sea en esta vida o en la otra.

Cristo vino para dar sentido al dolor y para dar consuelo y dar esperanza.

Contra el dolor se dice mucho en el Evangelio.

Dichosos los que lloran, porque serán consolados.

Venid a mí los que estáis cansados y agobiados, que yo os daré descanso.

Se pondrán tristes, pero su tristeza se convertirá en alegría.

Se dice en el Apocalipsis que Dios enjugará toda lágrima de los ojos. No habrá más muerte, ni habrá más llanto, ni clamor amargo, ni dolor, y yo añadido ni malentendidos, ni desprecios, ni hambre, ni soledad, ni maltrato, ni opresión, ni pobreza, ni desprecio, ni humillación...

No habrá niños mocosos sucios perdidos en los suburbios de ciudades que no tienen alma, o tirados en una playa, desnudos, zarandeados por las olas....

Jesús conoció el dolor más profundo para que cualquier dolor, frente al suyo, encuentre el consuelo de un Dios que lo conoce.

El Señor está cerca de los quebrantados de corazón, se dice en un Salmo, y que por muchas que sean las angustias del justo el Señor lo librá de todas ellas.

Bajo la tormenta del mundo Cristo clavado en dos maderos viejos nos dice que escuchemos el mensaje de su dolor. He visto esas imágenes en muchas películas, pero por mucho que la técnica audiovisual o la inteligencia artificial avancen retengo en mi cabeza las de la calle Aduana, la penumbra nocturna herida por las velas, los candiles, los faroles, las

calles de Puertollano donde miles de almas ven el rostro del Cristo de Medinaceli, como en este instructivo y bello cartel de María Jesús Dueñas, y la solemnidad de estar ante el más importante mensaje de Dios a su pueblo mostrando que todo tendrá sentido y que ese dolor será vencido por el amor.

Dice Antonio Machado que no quiere al Jesús del madero, sino al que anduvo sobre la mar. A mí me parece que son dos imágenes que se complementan hasta crear una unidad vital.

El que anduvo sobre la mar representa el poder de lo humano en la naturaleza, ese don que solo tiene nuestra especie, el valor de la fe para llegar hasta lo que parece imposible. Una enseñanza profunda para un mundo extraño.

Pero el Cristo envuelto en el dolor humano manda el mensaje más necesario de todos, el de la esperanza, pues sin ella la vida sería el infierno más terrible, y vivir una condena insoportable.

En mi pequeña casa apenas había libros.

Pero algún vendedor astuto embaucó a mi padre, y eso que fue comerciante, y le vendió una enciclopedia y tres libros: La Biblia, "Rimas y leyendas" de Gustavo Adolfo Bécquer y "El libro de la vida" de Santa Teresa de Jesús. Esos tres libros los leí muchísimas veces. Mi hambre de lectura no se saciaba con el contenido de lo que leía, sino que consideraba que eran libros para no dejar de leer.

El de Santa Teresa era un libro de segunda mano. Sus páginas contenían escritos con deducciones o incluso controversias de su lector con la Santa. En medio de sus páginas encontré un folio viejo, bastante rasgado, con tinta de máquina de escribir que iba perdiendo su vida. Pero el texto se veía bien. La primera lectura de este soneto que unos dicen que es de Santa Teresa y otros que no, me dejó un impresión de veracidad, de belleza y sentido de ese dolor porque en esos doce versos estaban las palabras de esperanza y amor que son como el elixir de Panoramix contra las penas del mundo:

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

LA ESPERANZA

Muchas procesiones sucedían bajo la lluvia, incluso alguna había que suspenderlas. Metido en una cúpula de paraguas que se confundían entre ellos siempre me mojaba. Agarrado a los muslos de mi padre sentía las gotas de agua caer sobre mi cuello. Oía los tambores y las trompetas, el chapoteo de las suelas sobre el agua, y los comentarios de las mujeres sobre el cuerpo muerto del Cristo sobre un lecho de oro, bajo una sábana blanca. Pero no veía nada. Me era imposible observar lo que más me atraía, que era el fulgor de las llamas de las velas en la noche. Tampoco podía ver a mi madre con su mantilla negra y su velo de encaje con figuras de flores que tanto me gustaba.

Se decía que Dios estaba cabreado y que por eso llovía en el tiempo que habría de estar en la muerte, hasta el domingo.

Algunas veces mi padre me subía a sus hombros. Eran pocas, y poco tiempo, porque molestaba a los de atrás. Entonces sí veía las filas de nazarenos, el garbo militar de los romanos (sobre todo a Cándido, mi vecino, de rostro enjuto y guerrero, propio de un centurión), los curas llenos de oropel que antecedían a los pasos. Pero lo que más valoraba, más que el color, la belleza de las luces, los pasos llenos de flores, los nazarenos, eran esos momentos de recogimiento en los que el silencio se apoderaba de la noche, y en la penumbra de las velas, se podía oír una desgarrada saeta, como ya he dicho antes, que echaba flores a la muerte.

Miraba a quienes cantaban y sentía envidia. Imaginaba que quizá algún día yo pudiera llorar con el cante contra la muerte. Al final he cantado contra la muerte no con una saeta, sino con mis poemas. Natura no tuvo a bien favorecer el talento de mi garganta. Así que me he quedado con las ganas.

Pero cuando llegaba el domingo siempre amanecía con sol. Se había alejado el viento furioso y la vida parecía renacer con alegría. Para muchos el paisaje celebraba la resurrección del Cristo. Pero lo que más feliz me hacía era ver las bandadas de pájaros que ocupaban el cielo. Los miraba y sentía una semilla de libertad adentro.

En mi memoria casi todos los domingos de resurrección son soleados. Sobre todo si el Viernes Santo el cielo tronó y los campos y calles

se anegaron de lluvia. Para los que creemos, el Domingo de Resurrección se entierra la agonía y se forja en nuestro interior una felicidad espiritual. Todo el dolor ha tenido sentido y hago más mía esa lúcida percepción del Cristianismo: la conquista de esa trascendencia que los humanos no podemos dejar de sentir.

La clave es el amor. El mensaje de Cristo es el mismo para los de derechas que para los de izquierdas: Que sólo el amor es la luz de la vida; solo el amor la posibilidad de una felicidad plena; solo el amor es el camino en el que habrá árboles frutales y sonrisas; solo el amor nos dará un sentido a la vida; solo el amor nos dará un sentido a la muerte; solo el amor podrá salvarnos no solo de los demás, sino también de nosotros mismos.

Cristo no tuvo en la vida más que su amor y su camino.

Ese es todo el equipaje que necesitamos para transitar por la vida. Tarde o temprano, de una u otra manera, aunque parezca más lejos o más cerca, o más posible o imposible, más o menos inútil, el amor siempre termina germinando. Sus ramas crecen, como la hiedra, por los lugares más inesperados, más difíciles, siempre termina fructificando en belleza, en felicidad, al cabo en sentimiento positivo y no olvidemos que los seres humanos somos ante todo seres sentimentales.

Esa unión de Cristo y amor es la única sede o iglesia en la que Cristo sigue y seguirá reinando.

Y voy a terminar con un poema de Gabriela Mistral que llevo conmigo desde hace mucho tiempo. Lo leo con la serenidad del que tiene las columnas que soportan el templo de la verdad.

Cristo me tomó de la mano cuando más lo necesitaba.

Me enseñó a sonreír y agradecer por las pequeñas cosas.

Me enseñó a llorar con fuerzas y dejar ir.

Me enseñó a despertarme saludando al sol y a acostarme con la cabeza tranquila.

A caminar muy lento y muy descalzo.

Me enseñó a abrazar a todos y a abrazarme a mí.

Me enseñó mucho, me enseñó todo.

Me enseñó a quererme con ganas.

A querer a quien tengo al lado y a darle la mano.

Me enseñó que siempre me está hablando en lo cotidiano, en lo sencillo, a

manera de mensajes y que para escucharlo, tengo que tener abierto el corazón.

Me enseñó que un gracias o un perdón lo pueden cambiar todo.

Me enseñó que la fuerza más grande es el amor
y que lo contrario al amor es el miedo.

Me enseñó cuánto me ama a través de 1.000 detalles.

Me enseñó que los milagros sí existen.

Me enseñó que si yo no perdono, soy yo quien se queda prisionera;
y que para perdonar, primero tengo que perdonarme.

Me enseñó que no siempre se recibe bien por bien pero que actúe bien a pesar de todo.

Me enseñó a confiar en mí y a levantar la voz frente a la injusticia.

Me enseñó a buscarlo dentro y no afuera.

Me deja que me aleje, sin enojarse. Que salga a conocer la vida. A equivocarme y aprender.

Y me sigue cuidando y esperando.

Hasta me dejó aprender de otros maestros sin ponerse celoso;
porque es de necios no escuchar a todo el que habla de amor.

Me enseñó que solo estoy aquí por un tiempo,
y solo ocupo un lugar pequeño.

Y me pidió que sea feliz y viva en paz,
que me esfuerce cada día en ser mejor
y en compartir su luz conociendo mi sombra.

Que disfrute, que ría, que valore, y que Él siempre va a estar en mí...

Que aunque dude y tenga miedo, confíe,
ya que esa es la fe, confiar en Él a pesar de mí...

